pronunció Jesus estas palabras, el sumo sacerdote, desgarrando sus vestidos (era esto mostrar que acababa de oir á un blasfemo) esclamó: «Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oir la blasfemia; ¿qué os parece?» Todos respondieron que merecia la muerte y le condenaron á sufrirla. Condenado de este modo á muerte Jesus por el sumo sacerdote, y por todos los que componian el sanhedrin ó gran consejo, fué entregado á la insolencia de los soldados, y á la brutalidad de los sirvientes, que pasaron el resto de la noche en el patio de palacio burlándose de él, y haciéndole todos los insultos imaginables. Escupiéronle en el rostro, diéronle de puñetazos, y hubo quienes le abofetearon, cubriéndole antes el rostro, y diciéndole por irrision: «Cristo, muéstranos que eres profeta; adivina quién te ha herido.» Jamás criminal infame, jamás esclavo vil fué tan maltratado, tan ultrajado, ni tan harto de oprobios; pero era menester que todo lo que se habia vaticinado del Mesías se cumpliese en la persona adorable de Jesucristo, y por consiguiente que se cumpliese en él esta profecía: *Será harto de oprobios.* (*Thren.* 3.)

§. LIV.

Niega Pedro á Jesucristo, y Judas se ahorca desesperado.

Por mas tímido que fuese Pedro, no podia, sin embargo, separarse de su buen Maestro; entró en el patio del palacio, en donde el Salvador pasó la noche al cuidado de la guardia, y á discrecion de los soldados y de los criados del sumo sacerdote. Como por aquel tiempo son frias las noches en la Palestina, habian encendido fuego en el patio. Habiéndose Pedro acercado á él, fué reconvenido por una criada de que era uno de los discípulos de Jesus; pero defendióse de la acusacion, y negó el haberle nunca conocido. Uno de los soldados, advirtiendo en su modo de hablar que era galileo, le hizo la misma reconvencion, y Pedro juró que no conocia al preso; en fin, una hora despues, viéndole uno de los domésticos del sumo sacerdote cerca del fuego, aseguró que era ciertamente uno de los discípulos de Jesus; porque dijo que le habia visto en el huerto en donde Jesus habia sido preso: asustado entonces Pedro, y temiendo no le prendiesen á él, aseguró por tercera vez con juramento que jamás le habia conocido. En este tiempo cantó el gallo, y el Salvador, que no estaba muy distante de allí, habiendo dirigido una mirada amorosa al cobarde discípulo, le trajo á la memoria su prediccion. Pedro reconoció entonces su falta, penetróse su corazon del dolor mas vivo, se retiró anegado en lágrimas, y pasó los tres dias en llorar amargamente su infidelidad.

Al otro dia, luego que amaneció, hubo todavía otra reunion general de los sacerdotes, de los senadores, y de los doctores de la ley en la sala del sanhedrin; hízose comparecer en ella al Salvador como criminal; preguntósele de nuevo si era él el Cristo y el Mesías: «Si os lo digo, respondió, no me creereis; si os pregunto á mi vez, no me respondereis, ni me dejareis libre, porque mi hora ha llegado ya (*Luc.* 22.); lo que únicamente os hago saber es que muy pronto el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de Dios su Padre.» Dijéronle entonces todos: «¿Luego tú eres el Hijo de Dios?—Decís muy bien, respondió, *esta es la verdad, yo lo soy.*» Inmediatamente esclamaron todos tumultuosamente: «¿Qué necesidad tenemos ya de otro testimonio, puesto que nosotros mismos acabamos de oírselo decir por su propia boca?» Habiendo en seguida deliberado sobre los medios que debian tomar para quitarle la vida, determinaron entregarle á Poncio Pilato, gobernador de la Judea por los romanos, pues que ellos no tenian ya derecho de quitar la vida á nadie.

Judas entre tanto, sabiendo que Jesus habia sido condenado á muerte, atormentado entonces horriblemente por los remordimientos de su conciencia, espantado por la enormidad de su crímen, y movido de un vivo arrepentimiento, pero puramente natural, fué corriendo en busca de los sacerdotes y de los ancianos, y devolviéndoles las treinta piezas de plata: «He pecado, les dijo, entregando la sangre del justo.» Esta confesion debió conmoverlos; pero aquellos impíos se contentaron con decirle: «¿Qué nos importa? á tí es á quien toca ver eso.» Viendo aquel desdichado que su retractacion era sin fruto, en lugar de recurrir á la bondad infinita de su buen Maestro, que le hubiera ciertamente tratado con misericordia si se hubiese arrepentido verdaderamente, se abandonó á la desesperacion, y habiendo arrojado el dinero en el templo, en donde se hallaban los sacerdotes, se salió de él, y se fué á ahorcar. Recogieron los ancianos el dinero, el cual no le quisieron poner en el tesoro del templo, porque era, dijeron ellos, el precio de la sangre y de la vida de un hombre; y por esta razon compraron con él el campo de un alfarero, para que sirviese de cementerio para los estranjeros, y este campo fué, en efecto, desde entonces llamado *Haceldama*, esto es, campo de sangre. Vióse así el cumplimiento de lo que habia sido vaticinado por el profeta Zacarías (*Zach.* 11.) á saber: Que el Cristo seria apreciado, que seria vendido por treinta piezas de

plata, y que con este dinero se compraria el campo de un alfarero.

§. LV

Jesucristo en casa de Pilato, quien le declara inocente.

Llevaron, pues, al Salvador con las manos atadas, como un criminal de estado, desde la casa de Caifas al pretorio, esto es, al palacio del gobernador. El rumor que se habia esparcido en la ciudad desde el dia precedente, de que los doctores de la ley y los jefes de la sinagoga, igualmente que los magistrados, habian por fin descubierto que aquel Jesus que hasta entonces se habia mirado como un hombre santo y enviado de Dios, era un impostor, un falso profeta, y que todo lo que habia obrado de admirable y milagroso eran puros prestigios, que era un hechicero y un mago, y que solo por la virtud de Beelcebuth era como arrojaba los demonios, y habia hecho todos los demás milagros; este falso rumor que se habia tenido gran cuidado de esparcir desde la tarde precedente, y que se habia procurado fortificar por todo género de falsedades y de calumnias, este rumor, repito, hizo una estraña impresion en todos los ánimos. Toda la buena opinion y la veneracion con que le habia mirado el pueblo hasta entonces, se convirtió en horror, en execracion y en rabia, y esto fué lo que hizo que aquellos mismos que habian clamado *Hosanna*, tres dias antes, gritasen luego *Tolle*, quítanoslo de delante.

Habiendo visto Pilato á Jesus cual si fuese un criminal, salió á la escalera de su palacio para preguntar á los judíos cuál era el crímen por el que se solicitaba la muerte de aquel hombre. Respondiéronle en general, que si no fuese un malhechor, ellos no le pedirian su muerte. «Juzgadle, pues, vosotros mismos, les dijo el gobernador, segun vuestras leyes y vuestras costumbres;» pero ellos repusieron, que no les era permitido quitar la vida á nadie. Todo esto no era mas que el cumplimiento de lo que Jesus habia predicho á sus apóstoles, á saber, que seria entregado á los gentiles para ser crucificado. No contentándose Pilato con estas acusaciones vagas, les preguntó cuál era el crímen particular que habia cometido aquel cuya muerte pedian. «Es un sedicioso, dijeron ellos, que subleva al pueblo, que pretende impedir que se pague el tributo al César, y que tambien se dice rey de los judíos y el Mesías.»

Habiendo oido Pilato estos tres capítulos de acusacion sin pruebas, conoció desde luego que no habia aquí mas que una querella de pura envidia y de pasion: la modestia, la dulzura y la serenidad que brillaban en el rostro de Jesucristo, juntas á su tranquilidad, eran pruebas visibles de su inocencia. Entró, pues, en la sala, hizo acercar al acusado, y le preguntó sobre estos tres cargos que le hacian; pero el Salvador guardó un absoluto silencio, resuelto á no decir nada en su defensa. Asombrado el gobernador: «¡Qué! le dijo, ¿nada respondes? ¿no oyes lo que se dice contra tí?» Al ver Pilato que Jesus nada respondia, no dudó que en este silencio habia algun misterio. «¿Es verdad, le dijo, que tú eres el rey de los judíos?» Entonces Jesus con su dulzura y su modestia ordinarias, le dijo: «¿Dices tú esto como nacido de tí, y con designio de conocer la verdad, ó bien es porque los judíos te han hecho creer que yo pretendiese usurpar el reino de Judea?—¿Soy yo acaso judío, repuso Pilato, para saber qué viene á ser rey de los judíos y Mesías? los de tu nacion son los que te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho pues? y ¿qué motivo les has dado para que crean que aspiras á la monarquía?» Entonces le dijo Jesus con lisura y franqueza: «Mi reino no es de este mundo; yo no he bajado del cielo para hacerme rey de la tierra; para ejercer aquí abajo un poder temporal; para establecer un imperio semejante al del príncipe á quien tú sirves; esto es, para imponer tributos, levantar ejércitos, fortificar plazas, y dar gobiernos. Si mi reino fuese de esta naturaleza, mis soldados y mis oficiales habrian salido á mi defensa, y hubieran sabido bien sacarme de entre las manos de los que atentan á mi vida; pero mi reino, como te he dicho ya, no es de aquí abajo.—¿Luego tú eres rey? le dijo Pilato.—Sí, yo lo soy, como dices, respondió Jesus, pero en el sentido que te he dicho; yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio á la verdad; cualquiera que ama la verdad, oye mi voz.»

Pilato, aunque pagano, reconoció alguna cosa divina en aquel hombre; preguntóle qué cosa era la verdad; mas como si hubiese temido saberlo, sin esperar su respuesta volvió á los judíos, y les dijo: «Yo no encuentro nada que haga reo á este hombre, ni hallo en él motivo alguno para condenarle.»

Al mismo tiempo la mujer de Pilato le envió á decir que no se mezclase en la causa de aquel santo hombre, porque ella habia padecido mucho por este motivo en un sueño que habia tenido durante la noche. Muchos santos Padres atribuyen este sueño al demonio, que comenzaba á temer que Jesucristo fuese verdaderamente el Hijo de Dios, y por consiguiente el Mesías, y que su

muerte fuese la redencion del género humano. Sea lo que quiera, Pilato convencido de su inocencia estaba decidido á despacharle plenamente absuelto. Advirtiéronlo los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, y esto hizo que pidiesen su muerte con mas instancia y mas empeño. «Debe ser condenado á muerte, gritaban, como perturbador del reposo público, y que hace ya tres años no cesa de esparcir máximas perniciosas desde Galilea hasta Jerusalen:» las pretendidas máximas perniciosas eran la ley pura de Dios, que desmascarando su hipocresía y condenando la corrupcion de sus costumbres, les parecia máximas perniciosas, esto es, incómodas á su amor propio y á su orgullo.

§. LVI.

Jesucristo enviado á Herodes, y remitido á Pilato, el que aunque persuadido de la inocencia del Salvador le hace azotar cruelmente.

Oyendo Pilato hablar de Galilea, creyó haber hallado un efugio para echarse fuera de la intriga, y no tener parte en el juicio de este hombre inocente. Preguntóles á los judíos si Jesus era vasallo de Herodes tetrarca; esto es, del gobernador en jefe de Galilea, que se hallaba entonces en Jerusalen. Habiendo sabido que Jesus pasaba por galileo, remitió á aquel príncipe el acusado y los acusadores. Alegróse Herodes de ver á aquel de quien habia oido contar tantas maravillas, esperando verle hacer en su presencia algun milagro portentoso; pero aquel tirano que tenia todavía teñidas las manos en la sangre de S. Juan Bautista, aquel príncipe infame sin honor y sin religion no merecia que el Salvador contentase su curiosidad y su deseo. Así que, por mas preguntas frívolas que le hizo, habiendo quitado la vida al que se llamaba la *Voz del Mesías*, no se dignó Jesus responderle una sola palabra. Creyóse ofendido Herodes; le trató de loco, y habiéndole hecho vestir por irrision de una túnica blanca, la cual sin embargo no dejaba de ser un símbolo de la inocencia del Salvador, despues de haberle visto altamente despreciado de toda su corte, le volvió á enviar á Pilato, lo cual fué ocasion de que se reconciliasen, pues hasta entonces habian sido enemigos el uno del otro.

Pilato persuadido siempre mas de la inocencia del Salvador, y plenamente convencido de que todos los capítulos de acusacion que se hacian contra él eran puras calumnias, dió muestras de quererle declarar inocente: al efecto llamó á los principales de

los judíos, y les declaró públicamente que nada hallaba en aquel hombre que mereciese castigo; que el mismo Herodes, mas instruido que él de su ley, tampoco le habia encontrado criminal; que sin embargo para contentarles no le despacharia absuelto hasta despues de haberle hecho aplicar algun castigo para que no pensase mas en dogmatizar entre el pueblo: espediente bien injusto para salvar un hombre reconocido inocente en todos los tribunales; pero no debia esperarse ninguna apariencia de justicia en la muerte del mas inocente y del mas justo de los hombres

Mas como el pueblo judío gozaba del derecho de pedirle la libertad de un reo por la fiesta de la Pascua, bien persuadido Pilato que todo el crímen de este inocente no tenia otro fundamento que la envidia de los sacerdotes y de los doctores de la ley, creyó que hallaria mas justicia, mas razon y humanidad en el pueblo que en sus jefes; propúsoles, pues, cuál de los dos querian que les diese libre: ó á Jesus cuya santidad era universalmente conocida del público, y que siempre les habia hecho bien, ó á Barrabás, famoso malvado é insigne ladron, el cual en una sedicion habia cometido un asesinato. ¿Quién hubiera pensado jamás que un malvado de profesion, un asesino, hubiese de ser preferido á Jesucristo? sin embargo lo fué; los jefes de la sinagoga habian de tal modo fascinado el ánimo del pueblo, que olvidando repentinamente lo que él mismo habia admirado en el Salvador, pidió á voz en grito á Barrabás, con preferencia al Hijo de Dios y al Mesias. Pilato sorprendido é indignado al mismo tiempo de una preferencia tan injusta: «¿Qué quereis, pues, les dijo, que yo haga de Jesus?» á lo que todos á una voz clamaron: «*Crucifíquesele.*—Pero al fin ¿qué mal ha hecho? repuso Pilato con un tono de indignacion.—*Crucifícale, crucifícale,*» gritó con mas fuerza todo el pueblo. Creyó Pilato que el medio de apaciguar su furor y su rabia era ponerle en tal estado que causase compasion á los mas inhumanos y rabiosos. Mandó, pues, que desgarrasen á Jesus á azotes, y que se le pusiese tan mal parado que diese lástima aun á los mas bárbaros. Ejecutóse el órden con tanta crueldad, que aquel cuerpo adorable, tan delicado naturalmente, quedó reducido á una espantosa llaga todo él. Dejóse de azotarle cuando se le vió á punto de espirar, y es cierto que no hubiera sobrevivido el Salvador á este horrible tormento, si habiendo resuelto morir en la cruz, no hubiese prolongado su vida por milagro.

Todo es estraordinario, todo está fuera del órden de la razon y de la humanidad en la pasion de Jesucristo. Es un hombre-

Dios el que padece, y padece como hombre-Dios. Luego que le desataron de la semi-columna ó poste adonde le habian amarrado, le cubrieron con una capa vieja de escarlata; y lo que da á conocer que todo era estraordinario, todo monstruoso en aquel modo brutal de portarse, aquellas furias infernales añadiendo la irrision y el insulto á la crueldad imaginaron ponerle una caña en la mano á modo de cetro, y sobre su cabeza una corona de espinas; despues doblando la rodilla delante de él, le decian por burla: *Salve, Rey de los judíos;* y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza, á fin de que las espinas de que estaba coronado penetrasen mas en ella.

§. LVII.

Jesus condenado á ser crucificado.

Nunca se vió un espectáculo tan horroroso: desde lo alto de la cabeza hasta la planta de los pies no era el Salvador mas que una sola llaga. (*Isai.* 1.) No hubo jamás profecía tan visiblemente cumplida, porque tampoco hubo jamás hombre tan harto de oprobios como Jesucristo (*Thren.* 3.); presentaba un espectáculo tan horrible, que Pilato, aunque pagano, se horrorizó, y no creyendo que hubiese un corazon humano tan bárbaro que no se conmoviese, hizo que le adelantasen hácia la escalera, y mostrándole á los judíos: «*He aquí el hombre*, les dijo, cuya muerte me pedís con tanto encarnizamiento y furor; ¿le conoceis? ¿estais contentos? ¿será todavía objeto de zelos? *He aquí el hombre* que vosotros acusais de que pretende hacerse rey; ¿temereis despues de esto que se llame de hoy mas el Mesías?» ¿Quién no hubiese creido que aquellos hombres se hubieran por lo menos enternecido á vista de este objeto? Un vil animal en este estado hubiera á lo menos causado horror á los hombres. Mas los judíos se encarnizaron mas, y gritaron con mas empeño para pedir su muerte: «Quítale, quítale, clamaron; crucifíquesele: él se llama Hijo de Dios, menester es que muera.»

Cuando Pilato oyó estas palabras, *Hijo de Dios*, se estremeció todavía mas, y descubriendo en el encarnizamiento del pueblo y en la paciencia y silencio del Salvador algo que no le parecia natural, volvió á entrar en la sala, y habiendo hecho llamar á Jesucristo, le preguntó de nuevo acerca de su nacimiento, su país, su orígen y su cualidad; mas Jesus no le dió respuesta. Cada vez mas admirado Pilato: «¿No sabes, le dijo, que tengo poder para hacerte morir en la cruz, ó para librarte de

ella? ¿Por qué este silencio?—No tendrias ningun poder sobre mí, le dijo entonces Jesus, si no te se hubiese dado de lo alto, para que se cumplan los designios de la divina Providencia; por esto los que me han puesto en tus manos, son mas criminales que tú.» Esta respuesta llena de misterio, movió á Pilato á hacer nuevos esfuerzos para librarle; mas los judíos que conocian la flaqueza y la timidez del gobernador: «Si no castigas, esclamaron, con la muerte á un hombre que ha querido hacerse rey, te declaras enemigo de tu príncipe.» Espantóle esta reconvencion, y viendo que el tumulto crecia mas y mas, se sentó en su tribunal, y estando en él hizo traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, protestando que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo, y que no queria cargarse con su sangre. Entonces el pueblo gritó, diciendo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos;» esto es, nosotros nos cargamos con el crímen y la pena de su muerte. En efecto, esta malaventurada nacion arrastra todavía la pena de un crímen tan execrable, y la arrastrará hasta el fin de los siglos. Cediendo, pues, Pilato á un vil respeto humano, y haciendo traicion á su propia conciencia, pronunció la sentencia, y condenó al Salvador del mundo á morir en la cruz. Jamás hubo un juicio mas injusto y mas irregular: el mismo juez que le pronunciaba tomaba al cielo por testigo de la irregularidad y de la injusticia de la sentencia. Pero desde luego que un Dios se ha dignado hacerse hombre, y que este Dios hecho hombre ha querido morir para satisfacer á la justicia divina por todos los hombres, no deben ya esperarse mas que escesos, y hechos todos á cual mas incomprensibles al entendimiento humano.

Como era la víspera del sábado cuando se pronunció la sentencia, se apresuró su ejecucion; arrancósele el manto de escarlata con que se habia cubierto el cuerpo del Salvador; mas como aquel cuerpo adorable no era mas que una llaga sangrienta, el manto se habia pegado á sus huesos, y al arrancarle llevó consigo pedazos de carne que colgaban del sagrado esqueleto: juzguemos cuál seria este nuevo tormento. Volviósele á vestir con sus vestidos, y cargándole con la pesada carga de la cruz, fué llevado el Salvador fuera de la ciudad para ser crucificado sobre la montaña del Calvario, distante algunos pasos de los muros de Jerusalen, en donde era costumbre ejecutar á los criminales, porque los judíos no consentian que se quitase la vida á nadie dentro de sus ciudades. Créese que esta era la montaña llamada antiguamente *Moria*, adonde Abraham llevó á su hijo Isaac para inmolarle; figura de Jesucristo, inmolándose á su Padre sobre

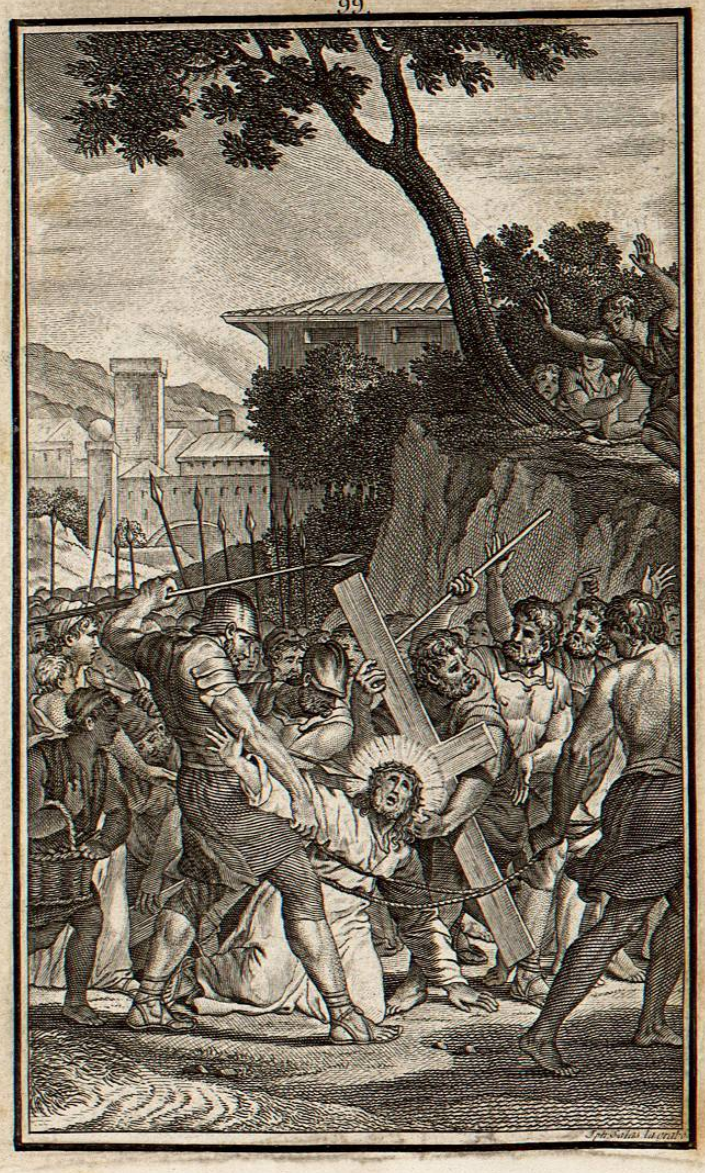
el Calvario, que en hebreo se llama Golgotha, que significa cráneo, en razon de hallarse muchos en aquel sitio, restos de los cadáveres de los que allí habian sido ajusticiados.

§. LVIII.

Jesucristo llevando su cruz al Calvario.

Jamás se vió un espectáculo tan inaudito y tan admirable. Este hombre tan estraordinario, que habia tres años colmaba de beneficios á todo el país, é ilustraba toda la tierra con el brillo y el número prodigioso de sus maravillas; este hombre divino, cuya vida era el modelo mas perfecto de la santidad mas sublime, cuya doctrina era toda divina; este hombre tan poderoso en obras y en palabras, que arrojaba los demonios, curaba los enfermos mas desesperados, resucitaba los muertos ya medio podridos, y que obraba todas estas maravillas en su nombre; este hombre espuesto en este dia á la vista de un pueblo numeroso, al cual habia satisfecho milagrosamente en el desierto con solo cinco panes; este hombre-Dios á los ojos de un pueblo, en el cual habria pocos que no le debiesen la vida ó la salud, y ninguno acaso que no hubiese sido al menos testigo de sus milagros; el Mesías tanto tiempo esperado y tan ardientemente deseado; este Hijo único del Dios omnipotente, Dios igual en todo á su Padre, atado como un ladron, arrastrado por las calles de Jerusalen como un malvado, acusado como el mayor de todos los criminales, declarado, á la verdad, jurídicamente inocente sobre todos los cargos de que se le acusaba, y sin embargo tratado con la última infamia por un monton de inicuos, desgarrado á azotes con la crueldad mas inaudita, condenado contra toda justicia á ser crucificado, cargado aun con el peso de la cruz en que debia espirar, y todo esto por el capricho y la solicitacion de los que pocos dias antes le habian recibido como el Mesías. El entendimiento se pierde en este laberinto de hechos increibles. Descúbrese bien que una inteligencia superior á todo entendimiento humano ha conducido este misterio: y si el amor de Dios á los hombres es aquí incomprensible, ¿es mas fácil de comprender la malicia y la impiedad de los judíos contra Dios?

Cuando salian de la ciudad, viendo los soldados que Jesus, exhausto ya de fuerzas con tantos tormentos, iba abrumado bajo del peso de la cruz, la cual, segun la tradicion, tenia quince pies de alto, y siete el travesaño, obligaron á uno que se llamaba Simon, natural de Cirene, á que le ayudase á llevarla. A



100.

este tiempo, habiendo divisado el Salvador en el camino algunas mujeres piadosas que lloraban á vista del triste espectáculo, se volvió hácia ellas, y las dijo: «Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque he aquí que viene el tiempo en que se dirá: Dichosas las mujeres estériles, que no teniendo hijos, no tendrán el disgusto de verles envueltos en las desgracias que van á venir sobre esta desventurada ciudad y sobre esta criminal nacion; y sabed que serán tan terribles estas desgracias, que se clamará entonces, como lo han vaticinado los profetas: Montañas, caed sobre nosotros, y aplastadnos para no ver una desolacion tan espantosa: porque, añadió, si á mí, á mí que soy la inocencia misma, me veis tratado con tanto rigor, solo por haber tomado voluntariamente sobre mí el pecado, ¿qué debe esperar toda esta nacion despues del enorme crímen que comete en mi persona?»

Llevábanse al suplicio con él dos insignes ladrones que debian ser tambien crucificados. Cuando hubieron llegado á la cima del Calvario, presentaron al Salvador vino con mirra, lo cual era costumbre dar á los criminales para adormecer y amortiguar en ellos la sensacion del dolor; pero el Salvador que queria beber el cáliz hasta las heces, como dice el Profeta, esto es, sin el menor alivio, lo rehusó, y no quiso beber de él. Quitáronle sus vestidos, y por un nuevo refinamiento de crueldad y de barbarie se le fijó en la cruz con los clavos por los pies y por las manos, lo cual le causó el dolor mas vivo y mas agudo que puede sufrir un hombre en esta vida. Despues, levantando la cruz, se la hizo entrar en un agujero que habian abierto en la roca, de suerte que al caer en él causó en el Salvador un estremecimiento de todos los miembros y de todos los nervios del sagrado cuerpo, cuya sacudida renovó y reunió todos los dolores que habia ya padecido. De este modo fué elevado Jesus de la tierra, segun que lo habia predicho, y á vista de un gentío infinito que habia acudido á este triste espectáculo; y á fin de que se cumpliese todo lo que se habia vaticinado, pusieron á sus lados los dos ladrones en otras dos cruces, segun la prediccion de Isaías, que decia: *Será puesto en el número de los inicuos, y en la misma categoría que los malvados.* (*Luc.* 22.)